

—¡Tabaré! prorrumpieron los soldados.

—¡El indio de los ceibos!


—¡El indio loco!

—¡El de los ojos verdes!

—¡El fantasma del cuento!

.....

El fraile la cabeza
De Tabaré apoyó sobre su pecho.
¡Los soldados entonces se engañaban
Al creer que el indio aquel no era un espectro!



CANTO QUINTO.

I

Desleída en las tintas de la aurora,
La luz se disolvió de las estrellas;
La risa de los cielos
Ha despertado el himno de la tierra.

El ombú, solitario de las lomas,
La copa verde apenas balancea;
El sauce besa al río,
Y el talle esbelto cimbran las palmeras.

Su carnoso ropaje verdinegro
Sacude el canelón de las riberas;
La flor del camalote
Morada y blanca en la corriente juega.

Como gotas de sangre que sonrían,
 Las margaritas rojas se despiertan,
 Despiertan las azules
 Y esas hijas sin nombre de la yerba

 De un amarillo y blanco deslumbrantes
 Que en el campo se cuentan
 Como en las claras noches de Diciembre
 Se cuentan en el cielo las estrellas.

Todas las hojas brillan; una savia
 Joven y turbulenta
 Circula por las cañas y los juncos,
 Da ternura á los brazos de la yedra,

 Desabrocha las flores de los talas,
 Del *guaviyú* y la *ceiba*,
 Y alegra el corazón de los palmares,
 Y los estambres húmedos revienta.

Los cardos, agrupados ó dispersos,
 Levantán las cabezas
 Con sus coronas frescas y azuladas
 Sobre el tallo espinoso descubiertas;

Y cual ropas tendidas por la noche
 A secar en la arena,

Desparramados véñse entre espadañas
 Flamencos y gaviotas y cigüeñas;

De dos en dos dispersos y pesados,
 O en obscuras hileras,
 Se posan en la orilla los *chajaes*
 Lanzando á ratos su estridente queja;

Pasea cadenciosa entre los juncos,
 Con su rítmico andar, la garza esbelta,
 O asoma entre ellos el nevado cuello,
 Mientras abre el *biquí* sus alas negras;

Y corren por la arena de la playa
 Esas aves pequeñas
 De largas patas y afilados picos
 Que en su base sutil se balancean,

Cual si intentaran emprender el vuelo
 Y de ello desistieran,
 Para correr de nuevo por la orilla
 Allí dejando sus ligeras huellas

Como vapor en tanto sonoro
 Que en el espacio ondea,
 Los pájaros, como arpas que la aurora
 De las ramas descuelga,

Dan el cantar del día
 Que en temblorosa ebullición se eleva;
 Nadan en luz las notas
 Y el alma de la luz palpita en ellas.

El día las recoge
 Y las ajusta al ritmo de una idea,
 Y así elabora el salmo indescriptible
 Que eleva á Dios, al despertar, la tierra.

Las islas van brotando lentamente
 Del seno de las nieblas
 Disueltas en la luz; los horizontes
 A través de los árboles se alejan.

La claridad naciente va ganando
 Colinas y laderas;
 Tras ella el sol dispara victorioso
 A través de los aires sus saetas.

II

¿Quién no siente en el alma
 La fresca sensación de la belleza,

El dulce descansar de los sentidos,
 El instintivo amor á la existencia?

¿Quién no siente en los labios
 Las sonrisas serenas
 En que la luz y la quietud del alma
 Y el escondido amor se transparentan,

Y esas lágrimas puras
 De luz y encanto llenas,
 Que humedecen los ojos, sin dejarles
 De llanto ni dolor la amarga huella?

III

El: Tabaré el cacique
 A quien las sombras cercan,
 Y á sus pies se retuercen en abismos
 Y en tempestades á su frente ruedan.

Vedlo. Es el indio puro;
 Es el charrúa de la frente estrecha;
 Su sangre afluye al pómulo saliente,
 Su labio tiembla, su pupila humea.

La lucha sostenida
 En la noche anterior, ruda y suprema;
 Las armas asestadas á su pecho,
 Que aun cree astillar entre sus manos yertas,

Todo le encona el alma,
 Todo en ella despierta
 El instinto dormido, el ansia viva
 De libertad, de destrucción y guerra.

Como del fondo obscuro del abismo
 Vuelan las aves negras,
 Del fondo de su alma se levantan
 Las fierezas ingénitas,

Que cruzan por sus ojos
 En el suelo clavados, y reflejan
 En ellos repentinas llamaradas
 Que en sus pupilas encendidas tiemblan.

En vano de sus labios
 Solícito pretende el Padre Esteban
 Oír una palabra que revele
 Un eco al menos de su lucha interna;

En vano á las memorias
 Que otras veces al indio conmovieron

Ha llamado en su ayuda
 Para tocarle el corazón con ellas;

La mano del recuerdo
 Esa arruga del ceño no despliega,
 Ni separa esos dedos que serpientes
 Enroscadas semejan.

Oye gritos de muerte y de victoria,
 Silbidos de saetas,
 Aullidos de una guerra inextinguible
 Que su enconado pensamiento atruenan;

Ya la sangre charrúa
 Sólo siente en sus venas;
 Pero asoma á sus ojos azulados
 El alma de la dulce Magdalena,

Y la mortal congoja
 Del indio se apodera,
 Y la lucha de un átomo con otro
 Se renueva potente en sus arterias,

Y silba en sus oídos,
 Y estruja su cabeza,
 Y afluye al corazón, y en él estalla,
 Y se difunde por su sér violenta.

.....

IV

Doña Luz suplicaba
Al noble capitán que, ensimismado,
Escuchaba á su esposa, con los ojos
Clavados, sin mirar, en el espacio.

—Sólo he visto en ese hombre
Un misterio infeliz, un sér extraño;
No hallo peligro en él; mas... tú lo quieres...
Tabaré partirá, dijo Gonzalo.

—¡Partirá! dijo Blanca:
¿Y adónde ha de ir el indio desgraciado?
¿Qué será de él en el desierto bosque?
Enfermo y solo? ¡No hagas tal, hermano!

¿Y qué mal nos ha hecho?
¿Por qué así abandonarlo?
El pobre Tabaré no nos ofende....
¿Qué vais á hacer? ¿Es una fiera acaso?

—Blanca: tú siempre niña;
Le dijo Doña Luz. ¡Que! ¿Estás pensando

Que son capaces de pasiones buenas
Esos seres, nacidos para esclavos?

¿Piensas, Blanca, que anoche
No meditaba un crimen ese bárbaro,
Cuando en las altas horas felizmente
En vela le encontraron los soldados?

—¡Un crimen! Nó, por cierto.
¡Un crimen Tabaré! ¿Qué estás hablando?
Tú no has oído, como yo, al charrúa;
Si lo oyes, Luz, ya no podrás odiarlo.

¡Oh! No arrojéis al indio
¡Lanzarlo para siempre!... ¡Es inhumano!
Llamad al Padre Esteban; que el os diga
Si Tabaré el charrúa es un malvado.

—¡Oh! El Padre, el Padre Esteban!
¡De masa de indios quiere hacer cristianos!
¡Inocente ilusión! El no imagina....
¡No puede ser! Arrójalo, Gonzalo.

Si aún crees que no es culpable
Después que anoche se le halló velando,
No le hagas mal; pero, por Dios, arrójalo,
Dale la libertad, no lo veamos.

Mientras él está aquí, tú bien lo sabes,
 En mi lecho sentado
 Siempre el insomnio, con la faz de ese indio,
 Introduce sus dedos en mis párpados....

.....

V

Tabaré entró sombrío...

Don Gonzalo, que solo lo esperaba,
 Busca al mirarlo entrar, mas busca en vano
 Del indio la mirada,

Que chispea en el fondo
 De la órbita ceñuda, como llama
 Que con espesa obscuridad en lucha,
 Se extingue, reaparece y se dilata.

—¿Por qué el indio charrúa
 Fue sorprendido anoche por la guardia?
 ¿Qué buscaba á esas horas?
 ¿Qué intento lo llevaba?

El indio queda inmóvil en su sitio
 Con la cabeza baja.

Repite su pregunta Don Gonzalo,
 E igual respuesta: el prisionero calla.

El jefe continuó:—Cuando el cacique
 Rompió ante mí su lanza
 En señal de amistad, le dí la mía;
 ¿No he sido fiel á la amistad jurada?

Diga el indio charrúa si el cristiano
 A sus promesas falta....
 ¿Conteste Tabaré! ¿Qué es lo que intenta?...
 Todo es en vano: el prisionero calla.

—En cambio, el indio amigo
 En la alta noche por el pueblo vaga;
 Y en la sombra revela de su frente
 Que en su espíritu hay sombras, sombras malas.

¿Qué plan revuelve en ellas?
 ¿Nada en su abono que decirnos halla?
 ¿Raza maldita! ¿No es capaz entonces
 De amor y gratitud? ¿Todo es venganza?

Una terrible lucha
 De Tabaré en el alma se desata,
 Y como el eco de la lucha interna
 Suena un ronco gemido en su garganta;

Pero calla. Temblor imperceptible
Discurre por su carne. Onda del alma
Llega á su cuerpo enfermo, como mueren
Las olas en la playa.

Compasivo, sin odio,
El capitán al indio contemplaba;
Mas recordando el ruego de su esposa,
—Pues bien, gritó, con expresión airada,

Ya que el indio charrúa
Nuestra amistad rechaza,
Vuelva á sus bosques á enconar sus flechas,
Vuelva á buscar las fieras sus hermanas.

El español no quiere
Violar un punto la amistad jurada;
Pero verá en el indio á su enemigo,
Al eterno enemigo de su raza.

Vaya libre á su selva,
Pues no hay amor ni gratitud en su alma;
Pero jamás donde el cristiano aliente
Torne á posar la sigilosa planta.....

Don Gonzalo partió. Quiso en el labio
De Tabaré asomar una palabra;
Alzó la frente.... ¡y la inclinó de nuevo!
Mudo y sombrío abandonó la estancia.

CANTO SEXTO

I

Tras los bosques de acacias de las islas
Se esconde el sol; en las más altas ramas
Deja un toque de luz anaranjado,
Y polvo de oro en las dormidas aguas.

También en los vapores al perderse
De los cuerpos las líneas esfumadas;
Cruzan hacia las islas las bandurrias,
Los cisnes, y los patos, y las garzas,

Que, ya á lo largo del brufido río,
Casi rozando el agua se adelantan,
O forman, en la altura que atraviesan,
Simétricas y largas caravanas.